

PARADIGMAS ECONÓMICOS Y LOS VAIVENES DE LA HISTORIA

ARMANDO DE RAMÓN*

RESUMEN

El artículo comienza con el tema de la periodización de la historia económica de Chile durante el siglo XX, para tratar enseguida algunos análisis globales haciendo un balance del último medio siglo. Se cierra la revisión con un capítulo dedicado a los gobiernos reformistas (1964-1973) y al gobierno militar (1973-1990).

Palabras claves: Vaivenes históricos, reformas, periodización, nueva economía.

ABSTRACT

The article begins with the periodization of the economic history of Chile during the twentieth century and then goes on to examine some global analyses to arrive at a balance of the last half century. Our revision is closed with a chapter dedicated to the reformist governments (1964-1973) and to the military government (1973-1990).

Keywords: Historical oscillations, reforms, periodization, new economy.

Recibido: 03 / 01 / 2003. Aceptado: 13 / 03 / 2003.

EL OBJETO DEL presente artículo es llevar a cabo una revisión de las tesis de algunos economistas que han incursionado en temas históricos para apoyar sus conclusiones¹. A excepción de Aníbal Pinto, todos estos autores publicaron sus trabajos entre los años 1977 y 1999, situándose la mayor concentración de estos estudios en el primer quinquenio de los años 1980, a mi parecer debido a las incertidumbres políticas y económicas de tal período y a la percepción general del término de la etapa de la industrialización sustitutiva y de las políticas que la hicieron posible.

*Profesor Universidad Católica de Chile. Historiador. Premio Nacional de Historia.

¹Agradezco al economista Oscar Muñoz su ayuda y sugerencias luego de una paciente revisión del presente texto.

Sin embargo y situándose en una línea pionera, hubo trabajos que se publicaron en las décadas de 1950 y 1960. Entre ellos, *En vez de la miseria*, obra aparecida en 1958 y escrita por Jorge Ahumada, o el más esclarecedor, editado en 1962 por Aníbal Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*², ambos muy leídos y comentados en su tiempo y en los nuestros. En el otro extremo del calendario y al iniciarse el presente siglo ha surgido la obra de los historiadores chilenos Gabriel Salazar y Julio Pinto titulada *Historia contemporánea de Chile*, cuyo volumen III está dedicado a la economía en nuestro país a lo largo del siglo XX.

Para cumplir el cometido que nos hemos propuesto, habrá de comenzar este artículo con el tema de la periodización de la historia económica de Chile durante el siglo XX, tarea abordada por historiadores y economistas. En seguida trataremos algunos análisis globales haciendo un balance del último medio siglo, cerraremos esa revisión con un capítulo dedicado a los gobiernos reformistas (1964-1973) y al gobierno militar (1973-1990), larga etapa ribeteada por reformas, algunas revolucionarias, otras moderadas, las que contribuyeron a cambiar notablemente a nuestro país. Todas ellas también persiguieron una refundación heterogénea cuyos resultados, sin embargo, lograron estabilizarse en forma bastante exitosa durante la década de 1990.

1. EL DILEMA DE LA PERIODIZACIÓN

La primera y fundamental tarea del historiador consiste en establecer períodos para el tiempo y para el tema que se propone abordar. Pese a que hay pocos estudios sobre historia económica del siglo XX, no parece difícil hacer una periodización, debido a que dentro de dicha centuria ocurrieron dos hechos políticos y económicos de suma magnitud que proporcionan fáciles puntos de partida y de llegada.

El primero de ellos fue la Gran Depresión Mundial, ocurrida entre 1929 y 1933, suceso que provocó no sólo efectos económicos graves, sino que también repercutió en hechos políticos muy agudos, como que entre julio de 1931 y diciembre de 1932 se sucedieron en Chile seis administraciones distintas en una anarquía política como no ha habido otra en la historia de este país. Por tanto pueden distinguirse dos períodos claramente opuestos, como el vaivén del péndulo de un reloj: antes de 1931, tiempo en que predominó una política económica heredada del siglo XIX, y una segunda, posterior a dicho año, donde las políticas económicas buscaron otros rumbos.

²Puede citarse también la obra de Marcelo Carmagnani *Sviluppo industriale e sottosviluppo economico. Il caso cileno (1860-1920)*, Fondazione Luigi Einaudi, Torino, 1971. Posterior a las ya citadas, su divulgación en Chile es aún más reciente debido a que sólo ha sido traducida al castellano en 1998, como se indica en la bibliografía.

La Gran Depresión Mundial hizo cesar la llamada “era del salitre” que había predominado en el país desde 1880, cuando Chile se adjudicó las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Durante dicha etapa se acopiaron riquezas a través de los impuestos a las exportaciones, las que, con variantes, proporcionaron los medios para impulsar el desarrollo del país.

Al terminar dicha “era” se aplicó una nueva política económica que los autores han llamado de la “sustitución de importaciones” y que caracterizó los cuarenta años que corren entre 1933 y 1973, creando otras opciones para el crecimiento.

El segundo de estos hechos fue el golpe militar de 1973, que implantó en Chile una dictadura dotada de inmensos poderes que le permitieron transformar completamente la política económica vigente hasta entonces e iniciar una nueva que todavía perdura. Aquel golpe, por la magnitud del poder político que pudo acumular, y las transformaciones políticas y económicas establecidas durante los años siguientes constituyen un fenómeno que tampoco tenía precedentes en la historia chilena anterior a 1973.

Este golpe militar no sólo dio fin a la política sustitutiva ya mencionada, sino que inició otra que se la ha conocido como “política neoliberal”, en las antípodas del anterior modelo. Este neoliberalismo se consolidó hacia 1985, una vez que se controlaron algunos de los efectos de la crisis de la deuda externa desatada en 1982.

Corolario de lo anterior fue una profunda modificación de la estructura política que asegurase una importante cuota de poder a los partidarios de este nuevo esquema económico. Esta reforma rompió la tradición jurídica, creando instituciones exóticas como el Consejo de Seguridad Nacional, que pretendía ser una valla para las reformas y estableciendo “quorums” altísimos para que el Congreso Nacional pudiera sancionar cualquier modificación a la Constitución impuesta en 1980.

Volviendo a la periodización puede advertirse que se trata de etapas cortas, con una duración que bordea los cuarenta años y que parecen constituir una constante de la historia chilena pues ya hay precedentes en el siglo XIX. Si ello se comprobara fehacientemente, algunos creen poder vaticinar cambios contundentes que iniciarían nuevos ciclos durante el siglo XXI.

Comenzando por los historiadores Salazar y Pinto, autores ya citados, éstos distribuyen el período republicano de Chile y sus estrategias de desarrollo también en tres fases: crecimiento hacia afuera, desarrollo hacia adentro y crecimiento hacia afuera neoliberal.

La primera etapa de crecimiento hacia afuera la analizan estos autores a través de tres ciclos: Se inicia con uno de exportaciones de cobre, plata, trigo y harinas, el que se extiende con alzas y bajas hasta 1873, continúa con la crisis 1873-79, y el que prosiguió durante la Guerra del Pacífico que entregó a Chile las riquezas de las provincias conquistadas al Perú y Bolivia, que termina con la citada Gran Depresión de 1930. Son, pues, casi cien años de



Bolsa de Nueva York en la crisis de 1929.



Transporte público en Santiago, años 30.

crecimiento hacia afuera que los autores sintetizan con las siguientes palabras:

Un erario público engrosado con las abundantes recaudaciones aduaneras pudo no sólo estabilizar la situación financiera externa aportando a la normalidad institucional que tanto enorgulleció a nuestra clase dirigente, sino también contribuir directamente al desarrollo económico y material del país a través de la construcción de líneas férreas y telegráficas, instalaciones viales y portuarias, establecimientos educacionales y servicios urbanos. Haciendo ostentación hacia mediados del siglo de una de las trayectorias aparentemente más exitosas dentro del concierto latinoamericano tanto en lo económico como en lo institucional, los conductores del Estado chileno podían sentirse inclinados a solazarse en lo acertado de su visión³.

La segunda etapa la inician estos autores con la quiebra de la Bolsa de Nueva York, en 1929, que dio paso a la Gran Depresión y que afectó a Chile muy gravemente. Denominan a esta etapa como de “crecimiento hacia adentro”. Iniciada durante el segundo gobierno de Arturo Alessandri (1932-38), pero consolidada con el triunfo del Frente Popular en este último año, se constituye en una reacción para reactivar la economía convirtiéndose en una política económica global. Los mismos autores la caracterizan de la siguiente manera:

La nueva fórmula de desarrollo, también llamada industrialización por sustitución de importaciones (ISI), desplazaba el eje fundamental de la economía desde el mercado externo al interno apostando por la diversidad productiva y por un esfuerzo industrializador que ahora sí respondía a una política deliberada de fomento. En este nuevo contexto, el Estado dejaba de ser un mero colaborador de las fuerzas del mercado, para convertirse en un conductor activo de la economía, planificando los cursos a seguir y tomando las decisiones fundamentales en materia de definición de prioridades y asignación de recursos⁴.

Los mismos historiadores se refieren a la tercera etapa, la que sólo vino a nacer casi dos años después de ocurrido el golpe militar, en abril de 1975, cuando se anunció el tratamiento de shock, “acta de nacimiento de un experimento que convertiría a Chile en una especie de laboratorio económico mundial y que tras muchas y dramáticas alternativas terminaría por consolidarse como el principal legado que la dictadura militar dejaría al país (además de la profunda herida en materia de derechos humanos). De esa forma, y tras casi medio siglo de economía cerrada y estatismo, el desarrollo nacional ejecutaba un viraje en ciento ochenta grados”⁵.

³Salazar y Pinto, III. 24.

⁴*Ibid.*, 39.

⁵*Ibid.*, 50.

Estos tres períodos que corren desde fines del siglo XIX hasta principios del XXI parecen ser los que definitivamente han preferido los economistas e historiadores y lo seguirán haciendo todavía por mucho tiempo. Así lo hace Patricio Meller (1995), quien denomina al primer período como el de “exportaciones de recursos naturales e inversión extranjera (1880-1930)”;

al segundo como “industrialización y función del Estado (1930-1973)” y al tercero “liberalización y función del sector privado”⁶.

2. ELEMENTOS PARA EL DESARROLLO Y EL ESTANCAMIENTO. BALANCE DE MEDIO SIGLO

Haciendo una síntesis de todo lo dicho, debo reiterar que fueron muchos los pilares en que se basó la modernización del país durante el lapso que transcurrió entre el triunfo del Frente Popular y la caída del régimen de la Unidad Popular. Tanto las grandes reformas en el agro y en la minería, las realizadas en la educación y la salud, como la industrialización sustitutiva de importaciones acelerada por la ley que creó la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), cambiaron la cara del Chile tradicional y tuvieron apoyo en la nueva infraestructura creada en caminos, puentes, puertos. Todo ello fue parte de una gigantesca operación que se echó sobre sus hombros el Estado de Chile.

Se ha caracterizado la labor de la CORFO como aquella que dio impulso en el país a la industrialización. Sin embargo, había un precedente importante en un primer proceso que surgió a fines del siglo XIX. Este fenómeno se inició no sólo en Santiago sino también en provincias, en especial en Valparaíso, en Concepción y en la región salitrera del norte de Chile. Motor de una primera industrialización en Chile había sido la actividad minera del cobre, del carbón y del salitre que estimuló el desarrollo. Lo mismo las actividades agrícolas de esa época, particularmente la industria vitivinícola y cervecera, así como la de procesamiento de alimentos. Todas ellas habían inaugurado en el país una actividad industrial que parecía muy prometedora.

En cambio el proceso industrializador que se inició en 1939 se preocupó en primer lugar de una infraestructura que no existía y que era indispensable para que las industrias pudieran trabajar y operar. Especialmente todo lo relacionado con la energía eléctrica, para lo cual el directorio de la institución (CORFO) creó en 1943 la Empresa de Electricidad Sociedad Anónima (ENDESA), una filial de la CORFO. Su puesta en marcha permitió llevar a cabo el plan de electrificación del país mediante la construcción de centrales y otras obras complementarias. Entre 1939 y 1952 aumentó la disponibi-

⁶Meller, Patricio, Cap. I.

lidad de energía eléctrica para el servicio público en un 161%, puesto que, en esa última fecha, el país contaba con 554.400 kw frente a sólo 183.500 que podía disponer en 1939. Esto fue el resultado de la construcción de ocho centrales generadoras de energía, del tendido de 1.325 km de líneas primarias de transmisión y de otros 2.563 km de líneas de distribución.

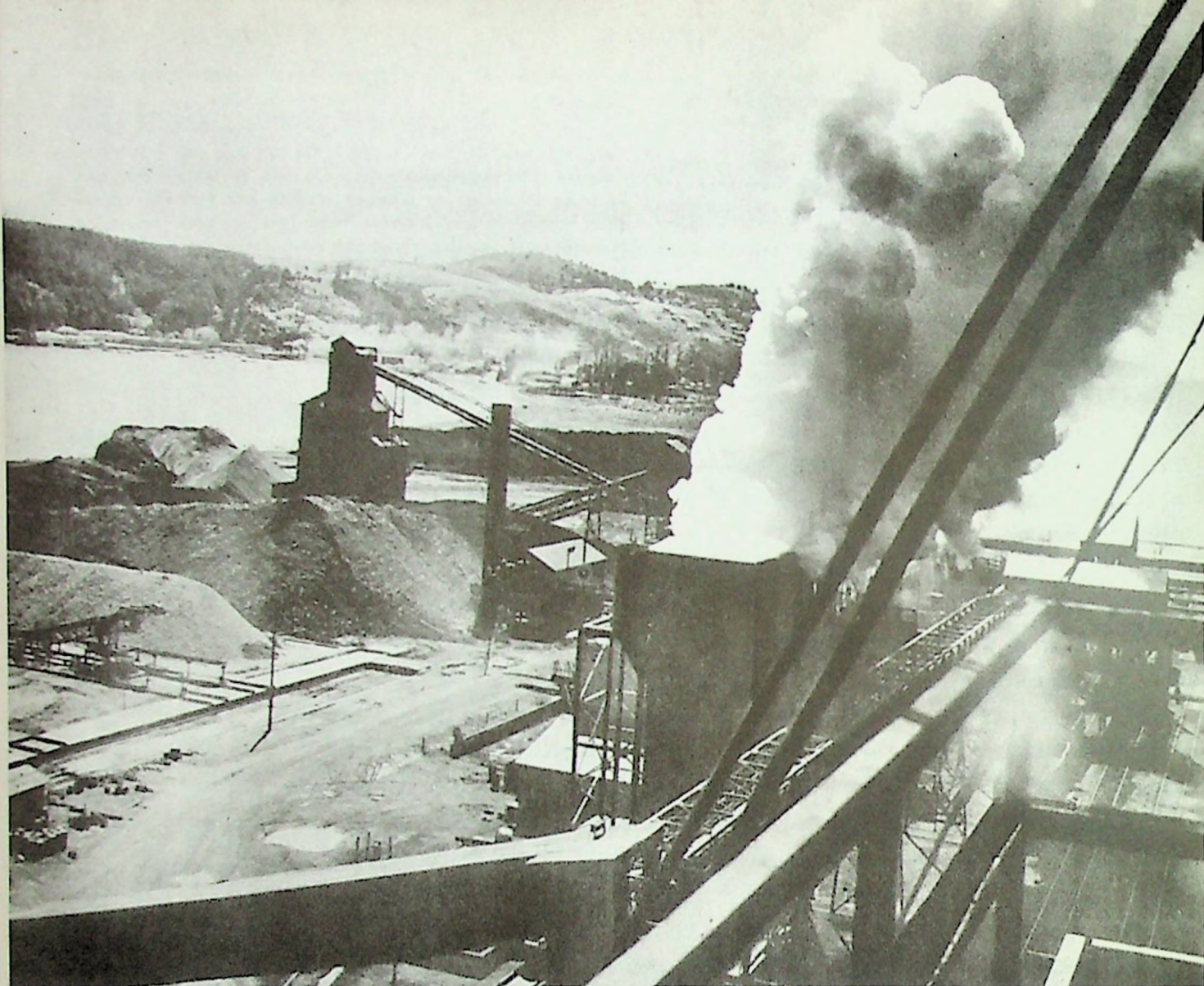
Gracias a lo anterior, en 1962 pudo inaugurarse el sistema eléctrico interconectado entre La Serena y Chiloé. Con ello, dos años más tarde, la zona más poblada del país pasó a tener un sistema eléctrico integrado que comprendía centrales térmicas, centrales hidroeléctricas, subestaciones y líneas de transmisión a lo largo y ancho de 234.000 km² del país, con siete millones de habitantes concentrados en esa área. Estos datos –y perdónese la digresión– nos indican que el 86% de la población vivía en el 31% del territorio nacional, reproduciendo, algo ampliada territorialmente, las proporciones del territorio y población que cupieron en la misma zona durante el tiempo colonial.

Junto a la instalación de la energía eléctrica, también la CORFO se dedicó a la prospección petrolífera que dio por resultado en 1945 el descubrimiento de petróleo en el yacimiento de Manantiales en la provincia de Magallanes. Este hecho dio paso a la dictación del decreto 109 que reservó a la CORFO la extracción, refinación y explotación comercial del petróleo que se descubriera en esa zona. Más tarde el 19 de junio de 1950, se dictó la Ley N° 9.681 que creó la Empresa Nacional de Petróleo (ENAP), a la cual se le confió la prospección, extracción, refinación y comercialización del petróleo.

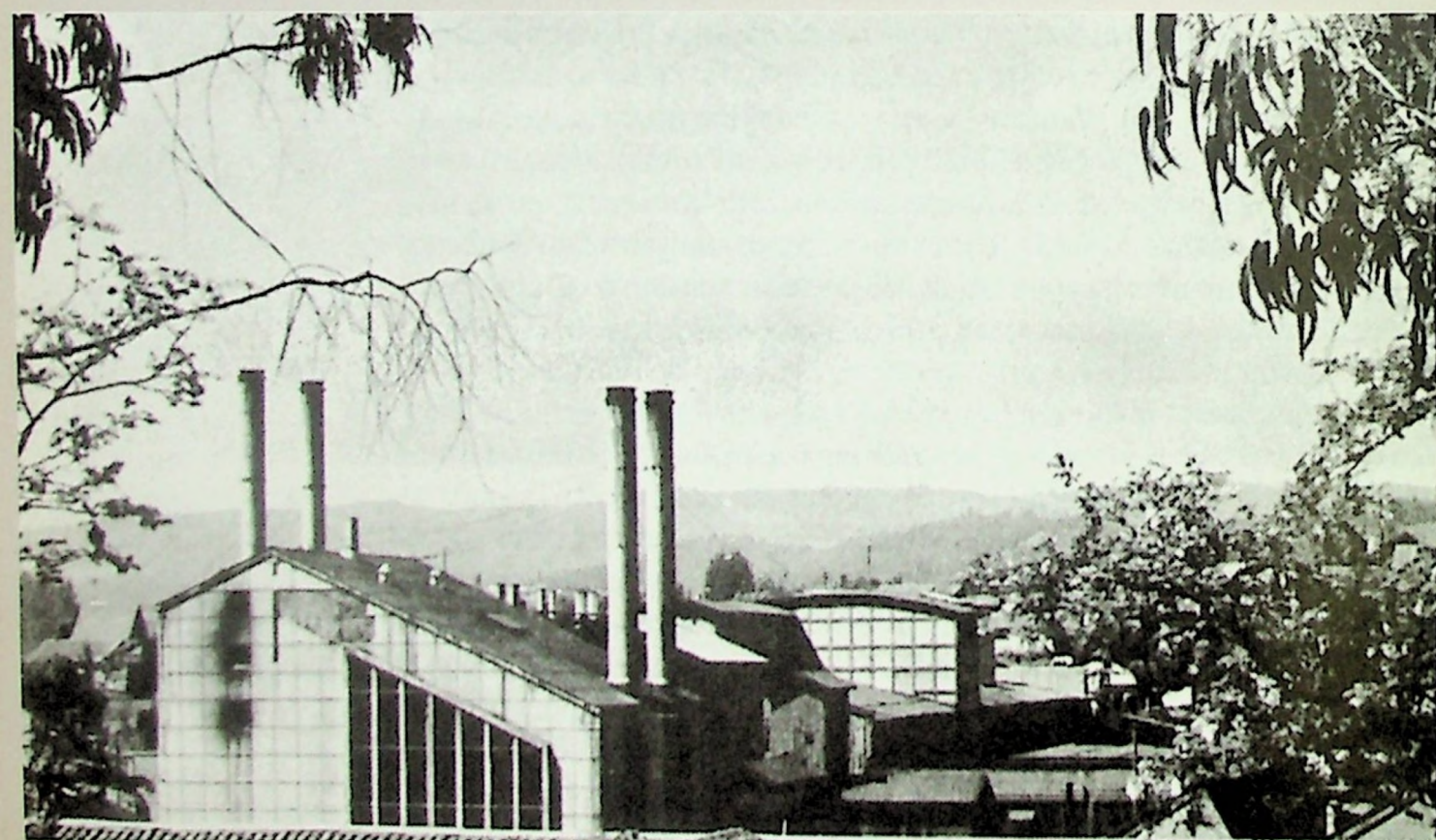
Como es sabido estos yacimientos descubiertos en Magallanes nunca han podido abastecer el total de las necesidades del país. En 1965 proveía el 54% del consumo nacional, pero en los años siguientes esta proporción disminuyó, bajando al 39% en 1970, y al 24% en 1980.

Una tercera área de trabajo a la cual también se dio primacía fue la instalación de una industria básica como es la del acero. Para ello se construyó la usina de Huachipato en las cercanías de Concepción, empresa que pasó a llamarse Compañía de Acero del Pacífico (CAP), organismo mixto que compartía el dominio con capitales privados. Ella se constituyó en una eficaz palanca del proceso de industrialización, ya que sobre la base de la producción de acero podrían surgir las industrias derivadas de ella. Su construcción se inició en 1947, encendiéndose los fuegos de los altos hornos el 3 de junio de 1950. Esta obra, hecha a un costo de 76 millones de dólares, permitió que en 1951 la producción de acero se multiplicara en 8,5 veces respecto a la de 1939. En 1954 esta empresa exportaba acero a Brasil, Argentina y Perú, envíos que correspondían al 25% de los despachos totales de la empresa.

Finalmente queremos destacar la creación de la Industria Azucarera Nacional S.A. (IANSA), por acuerdo de 1952, para “fomentar el desarrollo agrícola a través del cultivo de la betarraga sacarina e iniciar la producción de azúcar nacional”. En 1963, la producción de esta industria permitía abaste-



Compañía de Acero del Pacífico (CAP).



Planta CRAV en Penco.

cer el 40% del consumo nacional de azúcar. Por otra parte la CORFO, a través de su plan pesquero, intervino en la creación y habilitación de caletas y puertos, formando el puerto pesquero de Iquique y la empresa pesquera de Tarapacá S. A., igualmente ubicada en la ciudad de Iquique, puerto donde también se desarrolló la industria de la harina de pescado.

Algunos economistas indican, sin embargo, que estos progresos estaban limitados a causa de la gran importancia e impacto que aún tenía el comercio exterior, especialmente los ingresos derivados de la minería, sobre las entradas totales del país. En 1895, en el período de auge de la industria salitrera, las entradas obtenidas a través del comercio exterior llegaban al 95,1%, proporción que en 1929 había bajado al 67% y en el período 1950-54 todavía representaban el 52%.

La minería chilena, al término del período que estudiamos, se encontraba dividida en dos grandes ramas: la Gran Minería del Estado de Chile, según la reforma realizada en 1971, estaba a cargo de la Corporación del Cobre (CODELCO), con sus cuatro grandes yacimientos: Chuquibambilla, El Salvador, Andina y El Teniente. Junto a ella la mediana y pequeña minería con un organismo rector, la Empresa Nacional de Minería (ENAMI), creada en 1960 y encargada de fomentar la minería a través de la adquisición, procesamiento y comercialización de los productos de la pequeña y mediana empresa minera. De ella dependían las fundiciones de Ventanas, en la V Región, y Paipote, en la III.

Las grandes empresas dedicadas a la minería exportaban, a fines de la década de 1970, 2.300 millones de dólares como resultado de dicha actividad, lo cual significaba que, dentro del total exportado, el 80% de las divisas que el país obtenía las recibía por concepto de la minería. Esta industria era, pues, la principal actividad del país y siguió siéndolo durante todo el siglo XX.

Lo anterior es lo que se refiere a parte de la obra de reorganización económica efectuada en los cuarenta años y más que duró la experiencia política que se llevó a cabo al calor del proyecto político y económico de la clase media chilena. Pero esta obra no se agotó en esta actividad, puesto que lo social fue la meta preferente de estos gobiernos. Sin duda que ciertas reformas en el área económica, como la agraria, traían aparejadas también grandes reformas sociales. La formación de los asentamientos, la preparación de los nuevos campesinos a través del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) y algunos organismos privados eran para este sector un cambio fundamental y cuyos efectos en el último año del siglo XX, a veintiséis años del término del proceso de la Reforma Agraria, todavía podían apreciarse, especialmente en la producción agrícola que satisface uno de los requerimientos básicos de la reforma, cual es el aumento de la producción para que el país no sólo pueda ser alimentado por sus campos, sino también pueda exportar los excedentes.

A estas alturas cabe preguntarse, ¿por qué, pese a estos evidentes logros



Chuquicamata.



y a todo este proceso modernizador, el desarrollo de Chile se mantenía estancado?

Una respuesta que estuvo en los labios de todos los economistas fue la de culpar de este estancamiento a una inflación crónica y a veces galopante.

Aníbal Pinto en su obra *Chile, un caso de desarrollo frustrado* intentó una explicación partiendo de una paradoja, expresando que “este país sobresale por un desarrollo casi deforme de su cabeza, entendiendo por tal su institucionalidad, su organización política, su armazón de relaciones sociales, que parece plantada sobre un cuerpo si no raquítico, por lo menos de una edad que no le corresponde”⁷. Lo resumió en una frase diciendo que se trataba de una organización vieja para problemas nuevos, con lo cual hacía la denuncia que, entre otros, sería su estructura social añeja la causante de la mantención de este fenómeno.

Se trataba, así, de una contradicción entre una organización política desarrollada a la europea y una estructura social todavía cercana a la heredada de los siglos coloniales, hecho que producía desequilibrios que eran resueltos con políticas inflacionarias.

Tampoco la clase media había podido transformarse en una nueva burguesía; es decir, pese a haber conquistado el poder político no fue capaz de usarlo “para fomentar y robustecer sus bases económicas”. La clase media chilena se diferenciaba radicalmente de una verdadera burguesía porque “tiene su asiento fuera de los comandos del sistema de producción”, ya que su ubicación se encuentra en el sector servicios a través de profesiones, o de su situación de empleado público o particular, pequeños comerciantes⁸. Fueron, por lo tanto, incapaces de encabezar un proceso de transferencia de la tutela económica en favor de su grupo. Ganaron el poder político, pero no pudieron capturar el poder económico “por la debilidad de sus raíces y posiciones económicas” que se mantuvo en manos, como ya hemos visto, de un pequeño grupo constituyente de la oligarquía, que evolucionaba y modificaba sus componentes y sus miembros constituyentes.

La CORFO ha elaborado un cuadro que comprende cien años de inflación desde 1880 a 1981 y está mostrado por décadas. Las primeras cuatro décadas hasta 1919 señalan un proceso que se mantiene entre un 5% y un 8% promedio hasta llegar a la de 1920-29, que es la más moderada de todas, con un 3% de promedio, mientras que la década siguiente 1930-39 subió a un 5,6%, cifra que para entonces era la normal de inflación que se mantenía desde 1880.

Pero a partir de 1940 el cuadro varía en forma rotunda. La inflación en la década de 1940-49 alcanzó un promedio anual de 17,6%, mientras la siguiente 1950-59 subió al 38,2 % para continuar la de 1960-69 que tubo una

⁷Pinto, Aníbal, 167.

⁸*Ibid.*, 171.

baja con un 24,9% promedio anual, para luego, en la década 1970-79, subir a un 175,3%, donde el año clave es el de 1973 para el cual se estimó una inflación del 508%.

Aníbal Pinto confronta estas fechas, hasta 1957, con los sucesos históricos. Estima que hasta 1943 hubo una “creciente inflacionaria” y la relaciona con los esfuerzos y consecuencias de la política social del gobierno del Frente Popular, con el efecto expansivo de crecimiento de las exportaciones y con las repercusiones inflacionarias del encarecimiento y restricción de las importaciones y de las adquisiciones de divisas por parte del gobierno. En cambio, entre 1944 y 1946 el autor registra una “menguyente inflacionaria” que atribuye a la declinación de la política social de la izquierda debido al desplazamiento hacia la derecha del gobierno del Presidente Juan Antonio Ríos. A la vez crecen las importaciones y disminuye el volumen de exportaciones, aunque “la relación de precios comienza a mejorar”. Después de 1947, que corresponde al primer año del gobierno del Presidente Gabriel González Videla, se dio una inestabilidad política que pronto cesó con el advenimiento de la derecha al gobierno con el gabinete de la Concentración Nacional, dándose una estabilización del proceso inflacionario que dura hasta 1950.

Después de esta fecha se desarrolla una situación donde combaten fuerzas contradictorias, aunque el alza inflacionaria no toma un cariz amenazante sino hasta 1954, gracias a la bonanza económica de la Guerra de Corea y a las ventajosas condiciones de la venta del cobre a finales del gobierno de González Videla. Pero un retroceso de la economía de los Estados Unidos “destruye el dique de contención” cuyas aguas se dejan caer sobre un gobierno débil como lo era la segunda administración de Carlos Ibáñez (1952-58). La inflación se disparó con un 72% en 1954 y un 85% en 1955, lo que obligó a este gobierno a contratar en Estados Unidos una misión económica que implantó algunas medidas rectificatorias. A la vez se produjo una coalición de hecho con los partidos de derecha, siendo ambas circunstancias las que permitieron algunas medidas financieras para contener la espiral inflacionaria, que bajó al 17,3% en 1957.

A partir de 1958, en el gobierno de Jorge Alessandri Rodríguez (1958-64), se inició un proceso de “menguyente inflacionaria” que arrojó cifras promedio de 5,4% en 1960 y 9,7% en 1961, las cuales se atribuyeron a un programa de estabilización basado en la apertura de la economía al comercio exterior y en la liberalización de los mercados. Pero el principal problema de este mandatario fue que se basó en un tipo de cambio fijo y fuerte endeudamiento; y, al no haber una disciplina fiscal en el momento en que el sistema hizo crisis, explotaron la devaluación y la inflación, produciéndose una “creciente inflacionaria” que ya en 1963 alcanzaba a un 45,2%.

El gobierno de Eduardo Frei Montalva planteó un programa de estabili-

zación que se basaba no en el sector externo sino en la programación monetaria y fiscal. Pero, según los datos de la CORFO, a los que seguimos en esta parte, el excesivo gasto fiscal y el despertar de las expectativas de los sectores antes marginados significó que el gobierno recibió presiones muy fuertes sobre el gasto público y demandas de elevación de salarios que llevaron a un 35% de inflación en 1969.

En síntesis, al comenzar el gobierno de la Unidad Popular en 1970, la inflación constituía uno de los principales obstáculos que enfrentaba cualquier plan de desarrollo. Volviendo a la hipótesis de Aníbal Pinto, éste nos habla de una “propensión inflacionaria” causada por la especial estructura sociopolítica chilena, muy vulnerable y débil frente a los embates de las circunstancias socioeconómicas, las que parecían ser inmunes a cualquier receta económica elaborada para terminar con sus perniciosos efectos. El autor que comentamos indica algunos factores mediatos que estimulaban el crecimiento de la inflación, entre los cuales señala la “incapacidad del sector agropecuario para incrementar la oferta de alimentos”, situación que antes de la gran crisis pudo no tener tanta trascendencia, pero que luego de 1930, con la acentuación del fenómeno migratorio del campo a las ciudades y el correspondiente crecimiento de los centros urbanos, la elevación de los ingresos y el ascenso de los grupos sociales, la provisión de alimentos pasó a tener un carácter de urgencia insoslayable. Otro factor principal, el autor lo sitúa en la dependencia del comercio exterior que se veía agravada por el predominio de un solo producto de exportación (el cobre) y por los altibajos que a largo plazo sufrían su demanda y precios⁹.

De esta manera, los gobiernos progresistas que administraron el país después de 1938, se encontraron situados frente a un problema de una magnitud enorme y que tenía la cualidad de detener o de distorsionar cualquier plan de desarrollo. Por lo tanto, y si Aníbal Pinto tiene la razón, debía llegar un momento en que la única solución consistía no en reformas, sino en cambios revolucionarios para modificar la estructura social del país. Es la razón de los cambios que propició la llamada “Revolución en Libertad” de Frei y lo que pretendió continuar con tan mala fortuna la Unidad Popular entre 1970 y 1973.

Pero, en todo caso, para hacer cualquier revolución que modificara la estructura social, era preciso haber llevado a cabo otras mejoras fundamentales en el país, las que en buena parte se hicieron, como hemos visto, a través de la paciente labor de la CORFO durante largos treinta años.

Sin ella las nuevas orientaciones económicas establecidas desde la década de 1970, tanto las de izquierda como las de derecha, no habrían podido tener éxito. La infraestructura, la electrificación, la industrialización, el fo-

⁹*Ibid.*, 165.



Presidente Gabriel González Videla (1946-52).



Presidente Carlos Ibáñez (1952-58).



Presidente Jorge Alessandri Rodríguez (1958-64).

mento de diversas áreas de importancia económica fueron las palancas que han permitido el salto cuantitativo y cualitativo de la economía chilena desde 1980 en adelante. Sin duda que resulta evidentemente distorsionador y tendencioso olvidar un largo período como el que cubre la labor hecha desde mediados del siglo XX especialmente en los años 1939-1973. Parecería que hubiera una intencionalidad que desea fomentar el olvido de toda esta realidad para atribuir los éxitos de la modernización en Chile a los modelos económicos implantados con posterioridad al golpe militar de 1973. Con ello se borra de una plumada toda una larga, paciente y difícil construcción anterior que permitió continuar con nuevos modelos, pero construyendo sobre una realidad existente y exitosa.

Esta ha sido la verdad de un país como Chile, carente de memoria histórica y donde todo parece surgido en poco tiempo gracias a las habilidades en el manejo de una varita mágica. Por el contrario, si hay algo que debe estudiarse en la larga duración es el desarrollo global que se compone de muchas acciones que van confluyendo. Así sucedió desde 1939 y así se ha continuado hasta el presente.

Queremos añadir aquí la opinión de Carlos Hurtado en un artículo aparecido en 1984 que se titula "La economía chilena entre 1830 y 1930. Sus limitaciones y sus herencias". Este autor aborda los ciclos más antiguos de la historia republicana de Chile llegando hasta la Gran Depresión, aunque en su parte final se atreve a enunciar conclusiones interpretativas de lo ocurrido en Chile entre 1932 y 1973.

El autor lo titula las herencias fundamentales del Chile de 1930. Aunque reitera que no es su propósito continuar con el período que corre desde 1930 a 1970, sino que estima necesario destacar fenómenos y acontecimientos ocurridos más recientemente "que no son marginales, que tienen nítidamente su raíz en el período que precedió a 1930"¹⁰.

A ellos se refiere cuando habla de tres puntos que conviene reflexionar y que tienen especial importancia para la evolución de la economía chilena.

El primero dice relación con las marcas intelectuales que dejaron las reflexiones sobre la economía, "su desarrollo y sus problemas monetarios y de política fiscal", las cuales dominaron ampliamente en los círculos académicos y políticos de los años cuarenta a sesenta.

Entre otras, la idea de que el Estado debía tener una más activa presencia en lo social y redistributivo, salud, vivienda y educación, así como también en aquellas actividades en que los privados no podían o no querían intervenir por su cuenta. De aquí la Corporación de Fomento de la Producción y su extensa labor en la infraestructura que el país necesitaba, así como en el desarrollo de planes eléctricos, búsqueda de combustibles, transportes y otros.

¹⁰Hurtado, Carlos, 58.

Como ya lo he expresado, estas actividades serían y en verdad fueron la base y el motor de la futura modernización, sin la cual los planes implantados a fines de los años setenta y siguientes no habrían podido ser realizados.

En este sentido señala la idea de atribuir a “una agricultura arcaica que no sólo frenaba nuestro desarrollo económico sino que incluso con su falta de dinamismo productivo era causante crítica de la inflación”¹¹. Sin imputar al autor citado el favorecer la reforma agraria, creo sin embargo que esta creencia, muy generalizada por lo demás, fue la que impuso, durante los años sesenta, la sindicalización de los obreros agrícolas y luego la reforma agraria, permitiendo, también a futuro, como hemos dicho, no sólo la modernización del agro, sino la conversión de la agricultura en una fuente abastecedora de alimentos para el interior, así como de producción de artículos de exportación de primera calidad.

El segundo, materia que deberá debatirse más a fondo, indica que quedó al país una herencia sociopolítica resumida en la frustración de las tres clases básicas que intervienen en el proceso productivo. “La clase empresarial alta y media, con utilidades estrechas; el trabajo organizado de clase media y media baja, con remuneraciones que no alcanzaban las expectativas que creaba el nivel cultural y el nivel político crecientemente adquirido; y el trabajo no organizado e independiente, con bajísimas remuneraciones, golpeando no sólo por la vía de la conciencia social, sino que en forma creciente por el único camino que el sistema le abrió: el derecho a voto”. De aquí habrían surgido medidas como el control de los precios y del comercio exterior; el aumento de la burocracia más allá de lo prudente; los privilegios a través del sistema previsional a los grupos de clase media y las políticas habitacionales, de educación y salud para estos grupos y otros de clase baja; así como las franquicias en el sistema tributario y crediticio para mantener el aparato productivo en marcha.

El tercer aspecto lo refiere el autor a la no mantención de mecanismos que guardaran la eficiencia. Da como ejemplo la industria salitrera, golpeada en forma severa por el salitre sintético, lo que probaba que las tecnologías debían continuamente ser puestas al día.

El autor estima que estos factores ayudan a entender la creciente acumulación de circunstancias que culminaron en los años setenta en una crisis económica, política y social de gran magnitud¹².

Por lo tanto, estaría también de acuerdo que, pese a los grandes avances logrados para continuar el proceso de desarrollo y para terminar con los factores negativos ya enunciados, hacía falta una reforma profunda o una revolución que diera un nuevo impulso al caminar de la república. Esto, evidentemente, estaba en la mente de los políticos más esclarecidos de la

¹¹*Ibid.*

¹²*Ibid.*, 59.

época como lo demuestran los dos esfuerzos más importantes realizados entre 1964 y 1973: la Revolución en Libertad propiciada por la Democracia Cristiana y la Vía Chilena hacia el Socialismo, llevada a cabo por el gobierno de la Unidad Popular.

Carlos Hurtado cifra, no obstante, en un elemento principal la llave para alcanzar un futuro más promisorio: "La extensión de la educación, y el cambio de los hábitos ocasionado por la revolución de las comunicaciones, si bien hacía más dramática la crónica frustración, abría una luz de esperanza para el futuro"¹³.

3. LAS DOS HERENCIAS DEL SIGLO XX

La historia es una continuidad.

Debido a la importancia que tiene para entender los hechos sucedidos entre 1964 y 1989, debemos recordar que por muy estrepitosos que sean los acontecimientos políticos, hay un *continuum* que permite una evolución de los elementos económicos y sociales, evolución más ordenada que los mismos hechos políticos que ocupan las portadas noticiosas.

Además, y como es sabido, los cambios políticos, económicos y sociales tienen velocidades de distinto ritmo cuyas diferencias se esconden en el tráfigo de los movimientos políticos, éstos en apariencia muy totalizantes.

Al titular este párrafo nos referimos a dos herencias, ambas de muy distinto signo y casi, yo diría, antagónicas. Sin embargo, los resultados de una y otra convivieron y conviven hasta ahora por lo cual podemos hablar de herencias o legados.

A. LA PRIMERA HERENCIA

Es aquella que se gestó durante los regímenes democráticos de la Democracia Cristiana y de la Unidad Popular entre 1964 y 1973.

Chile vivió un largo proceso de transformaciones de diversa naturaleza, constituyendo este período un lapso de un cuarto de siglo (1964-1989), durante el cual se modificaron profundamente las estructuras del país.

Con todo, lo importante será averiguar si dentro de este proceso fueron abordados y se dio un principio de solución a los problemas y a las defectuosas estructuras que denunciaba Aníbal Pinto; es decir, la naturaleza y las causas del retraso agrario en particular en las regiones de bajo desarrollo, la inmovilidad de la estructura de la exportación a la que estima como "otro

¹³*Ibid.*

tipo de dependencia”, la expansión de los servicios y, en especial, la desigual distribución social de los frutos. Su diagnóstico fue que los chilenos nos encontrábamos en “El país de la reina roja”, como dice en el epígrafe citando a uno de los personajes de *Alicia en el país de las maravillas* cuando expresaba que “aquí, como Ud. sabe, se necesita correr todo lo que se pueda para permanecer en el mismo sitio”.

Los llamados gobiernos reformistas (de los presidentes Frei y Allende) dejaron una herencia que en parte no pudo ser borrada.

El primero de estos gobiernos se concentró en dos reformas estructurales básicas: en la llamada “chilenización del cobre” que significó la entrada o participación del gobierno chileno en la propiedad de los yacimientos de la gran minería del cobre; y en la reforma agraria, para lo cual obtuvo la aprobación de una ley que fue promulgada en 1967.

El segundo fue mucho más allá pues obtuvo en 1971 una reforma constitucional aprobada por la unanimidad de los miembros del Congreso Nacional, reforma que le permitió expropiar no sólo los yacimientos de la gran minería del cobre, sino también el hierro, el salitre, el carbón y el acero. A esto se llamó “nacionalización” de la gran minería.

La Unidad Popular junto con eso se dedicó a profundizar la reforma agraria, logrando expropiar, entre 1965 y 1973, unos seis mil predios que comprendían una extensión total de diez millones de hectáreas. Los *slogans* como aquel de “la tierra para el que la trabaja” y también la pasión política permitieron la comisión de muchos abusos que se justificaban con el hecho de encontrarse dentro de un proceso revolucionario.

Aunque la marcha de los acontecimientos terminó desbordando los planes de aquel gobierno, reiteramos nosotros que es preciso mirar los resultados al largo plazo cuando la agricultura chilena en el valle central del país se ha colmado de modernas instalaciones y de eficientes productores que actualmente colocan sus productos en diversos países del mundo. El espectáculo que dan estas progresistas explotaciones agrícolas, por desgracia no alcanzó a llegar a ciertas provincias o regiones como Arauco, Cautín o Chiloé, donde el atraso de las comunidades rurales indígenas es una llaga que todavía no ha podido ser sanada¹⁴.

Una iniciativa que fue exclusiva de la Unidad Popular consistió en la creación de un Área de Propiedad Social, para lo cual inició la estatización de las principales empresas industriales de Chile de acuerdo a la concepción marxista de la transformación de las relaciones de propiedad y de producción, para dar paso al desarrollo de las fuerzas productivas, ya que las relaciones de propiedad sobre los medios de producción diseñan la estructura de las clases, la distribución del ingreso y el uso del excedente. Al término de

¹⁴Citado por Meller, 145.



Presidente Eduardo Frei (1964-70).



Presidente Salvador Allende (1970-73).



dicho gobierno, éste había logrado expropiar 225 industrias, las que con las de la minería, pesca forestales y otros, hacían un total de 377 empresas.

En consonancia con lo anterior se encuentra la estatización de los bancos. El gobierno de la Unidad Popular inició este proceso con los bancos extranjeros mediante negociaciones que fijaron las compensaciones que se daría a los propietarios. Para obtener la propiedad de los bancos nacionales que eran los que originaban la mayor parte de la actividad financiera del país, abrió un poder de compra para acciones de bancos pagando precios muy convenientes, lo que le permitió llegar a controlar 16 bancos que proporcionaban el 90% del crédito.

Toda esta enorme actividad y los planes puestos en marcha por el gobierno de la Unidad Popular produjeron resultados contrapuestos en una situación muy bien sintetizada por Oscar Muñoz:

Una falta de articulación entre la estrategia política y la estrategia económica llevó a desequilibrios inmanejables en la economía. El área de propiedad social fue desbordada por la dinámica política tanto en su constitución como en su operación (sus pérdidas generaron un déficit público que llegó al 22% del PGB en 1973, en comparación con un 3% en 1970). Por otro lado, la desproporción entre la magnitud de los cambios buscados y el carácter minoritario de apoyo político puso al gobierno en una disyuntiva: o buscar una alianza política con los sectores del reformismo moderado para consolidar los cambios alcanzados o avanzar sin negociación, aun al costo de sobrepasar la institucionalidad, basándose sólo en la movilización popular. A estos problemas debían agregarse las amenazas provenientes de sectores que propiciaban la abierta insurrección y desestabilización del gobierno¹⁵.

El gobierno de la Unidad Popular fue derrocado por un golpe militar muy cruento que constituyó un largo paréntesis institucional no visto antes en la vida republicana de Chile. Es muy conocida la triste historia de abusos y atropellos que le valieron a las nuevas autoridades problemas muy serios con sus relaciones exteriores.

En esta oportunidad nos corresponde, sin embargo, analizar la herencia que este régimen dejara a través de sus profundas modificaciones a la política económica, cambios que son por sí mismos constitutivos de una nueva etapa histórica.

¹⁵Muñoz, Oscar, 1995, 26.



Casa de Moneda, once de septiembre 1973.

1810 CHILE 1973



Junta militar de gobierno, septiembre 1973.

B. LA SEGUNDA HERENCIA

Es, como ya hemos indicado, la que resultó de los programas aplicados por el régimen militar a partir de 1974.

Sin embargo, esta evolución no era algo improvisado, sino que estaba relacionada con ciertos sucesos ocurridos durante la década de 1950. Así lo sugiere Sofía Correa, en un interesante artículo titulado “Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile (1955-1958)”.

Según esta autora, ya desde aquella década comenzó a apreciarse la declinación o decadencia del modelo sustitutivo de importaciones implantado en el país desde la década de 1930. Coincidió con lo anterior una fuerte crisis económica producida a mediados del período presidencial de Carlos Ibáñez. Para solucionarla se contrató a la firma norteamericana Klein & Saks, la que constituyó una misión de alto nivel y que desde su llegada contó con el apoyo del periódico *El Mercurio* y con la confianza de los congresistas de derecha, entonces agrupados en los partidos Conservador y Liberal.

Para los efectos de nuestro estudio, lo que interesa destacar es que la autora citada estima que esta misión “se constituyó (en) el eje en torno al cual se articuló un proyecto de reorganización de la economía chilena según criterios liberales ortodoxos, por lo cual las recomendaciones de este equipo técnico podrían considerarse como un proyecto de carácter semejante al proyecto neoliberal de los años setenta”¹⁶. Pero, aunque logró detener la inflación galopante de aquellos años, su proyecto principal no fue ejecutado por el gobierno de Ibáñez, que era de corte populista, pero sus recomendaciones y los largos artículos de *El Mercurio*, comentándolos y recomendando su aplicación, quedaron allí a la espera de mejores tiempos.

El segundo hecho que contribuyó a la implantación de los esquemas liberales durante el gobierno militar fue el hecho de haberse constituido, en la Facultad de Economía de la Universidad Católica de Chile, un equipo de economistas monetaristas que fueron formados en la Universidad de Chicago de acuerdo a un convenio firmado entre ambos planteles universitarios el 28 de abril de 1955.

En virtud del acuerdo anterior, llegó al país un grupo de importantes profesores de la Universidad de Chicago, los que se abocaron a asesorar la formación de una escuela y un instituto de economía que partiría desde cero.

Estos profesores seleccionaron a los alumnos que habrían de partir y ellos mismos organizaron los cursos y los programas conforme a los cuales comenzó a funcionar la escuela y el instituto señalados. Sofía Correa resu-

¹⁶Correa, Sofía, 109.



Edificio de la Bolsa de Santiago en los años '80.

me muy bien los propósitos y fines de estos proyectos, diciendo que ellos estudiaron “el funcionamiento del mercado como tipo ideal, descartando como anómala la interferencia gubernamental en él, lo que constituiría la base de los estudios de economía de los chilenos en Chicago”. Y agrega: “Esto sería también lo que enseñaron primero los profesores norteamericanos en Chile y luego sus discípulos criollos”¹⁷.

Esta escuela se encontraba funcionando activamente en dicha Universidad Católica de Chile, cuando ocurrió el golpe militar de septiembre de 1973.

El ingreso de estos economistas a poner en marcha las modificaciones que el gobierno militar propiciaba para Chile ocurrió en los primeros meses de 1975. Esta unión, en palabras de Patricio Meller, se produjo pese a que se trataba de una dictadura militar con el poder centralizado en forma jerárquica frente a profesores que aportaban un modelo económico basado en la descentralización y atomización de las decisiones económicas y que afirmaba que todo lo relacionado con el Estado es ineficiente. La explicación sugerida por el mismo Meller es que tanto los militares como los economistas de Chicago se consideraban tecnócratas. Como ambos pretendían que sus objetivos eran salvar a Chile y compartían su repudio a los políticos y no se sentían comprometidos con los intereses que éstos solían defender, la alianza pudo hacerse y perdurar el resto de la década de 1970¹⁸.

La obra reformadora del gobierno militar, según el mismo Meller¹⁹, estuvo guiada por las siguientes ideas, de las cuales destacamos:

Una primera reprivatización que se produjo eliminando el área de propiedad social, con lo cual se devolvieron a sus antiguos dueños las empresas y tierras expropiadas durante el gobierno de la Unidad Popular. Paralelamente a esto se privatizaron diversas empresas que el Estado en el período anterior había adquirido. De 400 empresas y bancos que poseía el Estado en 1973, siete años más tarde sólo conservaba 45. Este proceso se reanudó luego de la crisis de 1982, momento en que se realizó un nuevo proceso de privatización, esta vez de las empresas públicas creadas por la CORFO.

También se modificó el sistema laboral y el régimen sindical, lo que en forma rebuscada se llamó entonces “flexibilización del mercado laboral para aumentar la competitividad internacional de la economía”. Con ello se disminuyó el poder sindical, se dieron facilidades para el despido de obreros y empleados y se redujo el salario real.

¹⁷*Ibid.*, 117 y ss.

¹⁸Meller, 193.

¹⁹*Ibid.*, 184.

Estas reformas se complementaron con otras como la libertad de precios, excepto salarios y tipos de cambio, estableciéndose un tipo de cambio único y un arancel parejo del 10%, excluyendo los automóviles. Además, entre otras medidas se suprimieron las barreras comerciales, se creó el impuesto al valor único agregado de un 20% que se convirtió en uno de los ingresos importantes del Fisco, se redujo el empleo público, se establecieron tasas de interés libre y se liberalizó el mercado de capitales.

Los éxitos aparecieron en la segunda mitad de la década de los setenta, salvo la inflación que demoró ocho años en bajar a un 10%, en los demás rubros se destacaron logros que los mismos economistas de Chicago no dudaron en calificar como el “milagro chileno”. Así la tasa promedio anual de crecimiento llegó casi a un 8 % entre 1976 y 1981; las exportaciones aumentaron en tres o cuatro veces entre 1973 y 1981; las reservas internacionales del Banco Central crecieron notablemente; los salarios reales aumentaron 9% al año durante los años 1976-1981, y así otros rubros.

Sin embargo, este cuadro de prosperidad idílico bruscamente se hizo humo a fines de 1981, cuando las primeras quiebras comenzaron a anunciar un dramático cambio.

Según Meller, a quien seguimos en esta parte, la economía chilena estuvo afectada en esta época por un desequilibrio interno expresado en una elevada tasa de desempleo, en el deterioro de los salarios de los trabajadores, y en un desequilibrio externo expresado en una escasez de divisas derivada del pago de la elevada deuda externa. Compara esta crisis con la de 1930, señalando que el PGB cayó en un 15%, la industria y la construcción lo hicieron en 20%, mientras que el desempleo efectivo alcanzó a un 30% y el número de quiebras de empresas se triplicó²⁰.

La influencia de los personeros del grupo de los “Chicago boys” disminuyó mucho mientras que el gobierno militar, conservando el modelo económico, buscó soluciones en otros grupos de economistas.

Desde luego, el modelo económico de libre mercado sufrió modificaciones realizadas durante el período de ajuste, las que se aplicaron a aranceles, restableciéndose las bandas de precio para el trigo, aceite vegetal y azúcar, modificándose la política monetaria. Igualmente y debido a la contracción del gasto interno, se produjo un elevado desempleo y una fuerte reducción de los salarios reales y aunque posteriormente bajó la tasa de desempleo, ésta se mantuvo sobre el 24% entre los años 1982 y 1984.

Presidiendo esta situación desde lo alto aparece la deuda externa que superaba el 100% del PGB y era cuatro veces mayor que las exportaciones anuales. Ello explica el predominio que en esta etapa pasaron a tener tanto el Fondo Monetario Internacional como el Banco Mundial.

²⁰*Ibid.*, 234.

Las medidas adoptadas permitieron que, a finales de la época de los 80 y siempre según Meller, la deuda externa había dejado de constituir un problema, existía un sector empresarial numeroso y pujante y las exportaciones se habían transformado en el motor del crecimiento de la economía²¹. Esto se habría producido debido a medidas gubernativas que pueden resumirse en dos: una nueva reprivatización y una reforma previsional.

El nuevo proceso privatizador al cual ya hemos mencionado se llevó a cabo vendiendo empresas que tradicionalmente habían pertenecido al Estado, entre ellas, Línea Aérea Nacional (LAN), Compañía de Acero del Pacífico (CAP), empresas de servicios eléctricos, teléfonos, telecomunicaciones, distribución de combustibles y otros. En cuanto a los bancos que habían quebrado en 1981-82, fueron vendidos y traspasados en el período 1984-1986, utilizándose distintos modos de adquirir, desde el sistema llamado "capitalismo popular", hasta transacciones de bolsa y subastas. A la vez, una reforma previsional abolió el viejo sistema administrado por el Estado a través de las cajas de previsión, sustituyéndolo por uno nuevo consistente en un sistema de capitalización que administraba el sector privado.

LOS HEREDEROS

Hedaron los logros y frutos de la nueva economía los gobiernos de la llamada Concertación de Partidos por la Democracia que han cumplido, a la fecha en que se escribe este artículo, dos gobiernos y medio, los cuales han pasado por diversas alternativas, entre ellas un período de gran avance y crecimiento entre 1990 y 1998, al cual le ha seguido otro de depresión iniciado a raíz de la crisis asiática y después por la crisis brasileña. A esto último se ha sumado una situación internacional muy difícil que hasta ahora ha influido negativamente en el crecimiento de las economías mundiales.

Pese a estas circunstancias, hay consenso en que se trata de una herencia muy bien administrada. Un conocido economista chileno, escribiendo en el año 2000, resume lo realizado en los diez años anteriores en los siguientes términos:

En Chile los dos gobiernos de la Concertación han demostrado una capacidad de conducción y de eficacia desconocida en los gobiernos democráticos que antecedieron al régimen militar. A ello ha contribuido, en parte, la amplia base de sustentación política, basada en una coalición de partidos representativa de una proporción mayoritaria de la población. Debe agregarse también el sentido de Estado que ha prevalecido en las autoridades públicas, el cual ha permitido que la toma de decisiones se realice con visio-

²¹*Ibid.*

nes de país antes que con visiones partidistas o ideológicas. El “affaire Pinochet” ha sido un ejemplo de cómo las autoridades de gobierno han asumido posiciones que, contrariando sus visiones y preferencias personales o partidistas, han reflejado la responsabilidad de representar al Estado chileno frente a otros estados. Un tercer factor que debería mencionarse es la sustentación técnica de las políticas, la cual emana de la disponibilidad de una tecnoburocracia de alta calidad (Muñoz, 2000).

Esta visión, que compartimos, creo que es el mejor broche para cerrar este artículo sobre los vaivenes históricos de los paradigmas económicos en los cien últimos años de la historia de Chile.

BIBLIOGRAFÍA

- Bitar, Sergio: *Transición, socialismo y democracia. La experiencia chilena*. Siglo XXI, México, 1979.
- Carmagnani, Marcello: *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno. 1860-1920*. Santiago. Dibam. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Universidad de Chile, 1998.
- Correa, Sofía: “Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile (1955-1958)”. En *Opciones* N° 6. Marzo-agosto de 1985.
- Hurtado, Carlos: “La economía chilena entre 1830 y 1930. Sus limitaciones y sus herencias”. En *Estudios Cieplan* N° 12. Santiago, Cieplan, 1984.
- Lagos Escobar, Ricardo: “El precio de la ortodoxia”. En *Estudios Cieplan* N° 12. Santiago, Cieplan, 1984.
- Marfán, Manuel: “Políticas reactivadoras y recesión externa: Chile 1929-1938”. En *Estudios Cieplan* N° 12. Santiago, Cieplan, 1984.
- Martínez, Gerardo: “Causas de la Gran Depresión de los años treinta. Aportes recientes”. *Revista Universitaria* N° 9. P. Universidad Católica de Chile. Santiago, 1983.
- Meller, Patricio: “Elementos útiles e inútiles en la literatura económica. Sobre recepciones e impresiones”. En *Estudios Cieplan* N° 12. Santiago, Cieplan, 1984.
- Meller, Patricio: *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)*. Santiago, Andrés Bello, 1996.
- Meller, Patricio y otros: *Chile 1940-1975. Treinta y cinco años de discontinuidad económica*. Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1978.
- Muñoz, Oscar: *Chile y su industrialización. Pasado, crisis y opciones*. Santiago, Cieplan, 1986.
- Muñoz, Oscar: “Los actores sociales y el desarrollo productivo”. En: Oscar Muñoz (ed). *El Estado y el sector privado. Construyendo una nueva economía en los años noventa*. FLACSO. Santiago, Dolmen editores, 2000.
- Muñoz, Oscar: *Los inesperados caminos de la modernización económica*. Santiago. Universidad de Santiago de Chile, 1995.
- Muñoz, Oscar: *Estado e industrialización en el ciclo de expansión del salitre*. Santiago, Cieplan, 1977.

- Muñoz Oscar y Ana María Arriagada: *Orígenes políticos y económicos del Estado empresarial en Chile*. Santiago, Cieplan, 1977.
- Ortiz, Eduardo: *La Gran Depresión y su impacto en Chile. 1929-1933*. Santiago. Vector, 1982.
- Palma, H. Gabriel: "Chile 1914-1935. De economía exportadora a sustitutiva de importaciones". En *Estudios Cieplan* N° 12. Santiago, Cieplan, 1984.
- Pinto, Aníbal: *Chile. Un caso de desarrollo frustrado*. 1ª edición, Santiago, Ed. Universitaria 1962. 3ª ed. Santiago, Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, 1996.
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto: *Historia contemporánea de Chile. III. La economía: mercados, empresarios y trabajadores*. Santiago, Lom Ediciones, 2002.
- Sunkel, Osvaldo: *Un siglo de historia económica de Chile. 1830-1930. Dos ensayos y una bibliografía*. Madrid. Ediciones Cultura Hispánica, 1982.
- Valdivieso, Patricio: "El desarrollo de América Latina y el mercado mundial en el siglo XIX: El caso de Chile". *Annals of Latin America Studies* Vol. 14, 1-54. Tokyo, 1999.
- Zunino, Hugo: *Caracterización del sector público chileno*. Universidad de Chile. Facultad de Ciencias Económicas. Insora, 1969.

